

Miel

QUE SALE DE LA

ROCA



THOMAS WILCOX (1621-1687)

MIEL QUE SALE DE LA ROCA

Contenido

1. Una palabra de consejo3
2. Su pecado, ¿lo hace fijarse más en Cristo y menos en usted mismo?7
3. No tenemos que acudir con nada más que Cristo9
4. Escudriñe diariamente las Escrituras13

© Copyright 2013 Chapel Library. Impreso en los EE.UU. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que 1) no se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación, 2) se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960. Publicado originalmente en inglés bajo el título *Honey out of the Rock*. En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA

chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

Publicaciones Faro de Gracia
COM-055, 04831 DF, Mexico
055 5656-6355; *www.farodegracia.org*

Mr. Demetrio Canovas
Editorial Peregrino, La Almazara, 19,
13350 Moral De Calatrava (C. REAL), España
0926 349 634; *www.editorialperegrino.com*

MIEL QUE SALE DE LA ROCA

*“Les sustentaría Dios con lo mejor
del trigo, y con miel de la peña
les saciaría.” (Salmo 81:16)*

“En Jehová será justificada y se gloriará toda la descendencia de Israel” (Isa. 45:25). “Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios” (1 Ped. 3:18).¹ “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Cor. 5:21).

Cristo es la plenitud de gracia y gloria del Padre. Él tiene que tener la preeminencia. Él solo es digno, el que edificará el templo espiritual del Señor y tendrá su gloria. Cada objeto de este templo, desde las copas hasta los cálices tienen que ser adjudicados a Cristo. Él, por los designios de su Padre, es el fundamento, la piedra angular, la piedra superior.

1. Una palabra de consejo de mi corazón al suyo.

¡Lector! ¿Profesa usted el nombre de Cristo y participa de sus ordenanzas? (Luc. 1:6). Bien hace. Son privilegios gloriosos, pero si no cuenta con la sangre de Cristo (1 Juan 1:7; 1 Cor. 3:11), como la raíz de su profesión, se secará y nada le aprovechará.²

Muchos son llevados de acá para allá, llevados por doquiera con todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error (Ef. 4:14). Existen muchos cimientos falsos sobre los cuales edificar, en los cuales mucho se gasta en vano; algunos no hablan la verdad en amor, ni están creciendo en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo (Ef. 4:15). No puede haber una creciente unión en Cristo sin una unión con él. Sin esa unión, todo lo que hacemos es maldición.³

¹ La expresión “llevarnos a Dios” no es meramente traer a los que estaban lejos; es también “*presentamos a Dios*”. Como es presentado uno a la corte por alguien que tiene el derecho de hacerlo. La presentación al Padre es lo que Cristo nos da, una presentación completamente independiente del carácter o pretensiones anteriores en nosotros, y totalmente sobre la base de su propio nombre y sangre.

² Es la *sangre* lo que limpia la conciencia y nos muestra la justicia de la reconciliación entre nosotros y Dios, lo cual proclama el evangelio. Si no fuera por la *sangre*, nuestra conciencia no podría tener descanso. Es en vano hablar del amor de Dios, si ese amor no es considerado como que nos viene por medio de la sangre de su Hijo.

³ En la religión de nuestra época existe una triste vaciedad. Hay muchos que dicen “Señor, Señor”, pero pocos que cumplen la voluntad de nuestro Padre celestial. Son “pocos los salvos”. Son pocos lo que encuentran la puerta estrecha. ¡Oh temible verdad!

Si habiendo profesado usted a Cristo aun sigue con culpa y fariseísmo, estas víboras con el tiempo consumirán sus propias entrañas. Pruébese y examínese cada día, con el mayor rigor, sobre qué fundamento se edifican su religión y esperanza de gloria (1 Cor 3:11), compruebe si fueron colocadas por la mano de Cristo, porque si no lo fueron, no soportarán la tormenta que embestirá contra ellas, y grande será su caída (Mat. 7:27).

Reflexione, los pecados más grandes pueden esconderse bajo las más grandes obras y los más grandes horrores. ¡Asegúrese de que la herida que el pecado ha hecho en su alma esté perfectamente curada por la sangre de Cristo!, no que quede simplemente recubierta de obras, humillaciones, auto alabanzas, etc.⁴ Aplique lo que quiera, que no sea la sangre de Cristo, y envenenará la herida. Comprobará que el pecado nunca ha sido realmente mortificado si no ha visto a Cristo sangrando por usted en la cruz. Ninguna otra cosa puede acabar con él, sino solo contemplar la justicia de Cristo.

La naturaleza no puede ofrecer ningún bálsamo que pueda curar el alma. Tratar de sanar con las obras, y no con Cristo, es la enfermedad más desesperante. La pobre naturaleza andrajosa, con todas sus más grandes mejoras, jamás podrá hilar un ropaje lo suficientemente fino (sin mancha) para cubrir la desnudez del alma. Nada le calza bien al alma para ese fin sin la justicia perfecta de Cristo.

Cualquier cosa hilada por la naturaleza tiene que ser totalmente deshilada antes de poder vestir la justicia de Cristo. Cualquier cosa con la que la naturaleza nos ha cubierto vendrá Satanás y la saqueará, dejando nuestra alma desnuda y expuesta a la ira de Dios. Todo lo que la naturaleza pueda hacer, no se es comparable ni a un gramo de gracia, la cual puede mortificar el pecado y permitirnos ver un día a Cristo cara a cara. Puede usted escuchar oraciones, recibir las ordenanzas, y seguir siendo infeliz, a menos que estime a Cristo como superior a cualquier otra excelencia y justicia en el mundo y vea caer a todas estas ante la majestad del amor y la gracia (Isa. 2:17).⁵

Si realmente ha visto usted a Cristo, ha visto gracia pura, justicia pura en él, infinita en todo sentido, excediendo por mucho a todos los pecados y sufrimientos. Si ha visto usted a Cristo, puede pisotear toda justicia de los hombres y ángeles, con tal de ser aceptado por Dios.⁶ Si ha visto a Cristo, no hará usted ninguna obra sin él aunque

⁴ La *superficialidad* en la religión es la más común de las impiedades. Los hombres *sienten* un poquito, oran un poquito, ¡y luego piensan que son cristianos! La religión verdadera tiene sus raíces en las *profundidades* del alma.

⁵ La religión de Dios y la religión del hombre difieren mucho entre sí, aunque exteriormente a veces son muy similares.

⁶ Expresa este sentimiento el himno alemán:

*“Si tuviera la santidad de un ángel,
dejaría a un lado esa vestidura hermosa,
y me envolvería en Cristo.”*

le dieran diez mil mundos (1 Cor. 2:2). Si ha visto a Cristo, ha visto que es una Roca, más imponente que el fariseísmo, Satanás y el pecado (Salmo 61:2); y esta Roca le seguirá (1 Cor. 10:4); y esta Roca goteará continuamente miel y gracia para satisfacerle (Salmo 81:16). Examínese para ver si alguna vez contempló a Cristo como el unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (Juan 1:14, 16, 17). Venga a Cristo, y cerciórese con diligencia de que su llamado es seguro (2 Ped. 1:10). Afírmese sobre la Roca de la Eternidad.

Mientras están sanos, los hombres *hablan mucho* acerca de creer, pero pocos lo *hacen*. Cristo es el misterio de las Escrituras, la gracia es el misterio de Cristo. *Creer* es lo más maravilloso del mundo. Agréguele cualquier cosa suya, y lo arruina. Cristo ni la tendrá en cuenta en relación con *creer*. Cuando usted cree y viene a Cristo, tiene que dejar atrás su propia justicia, y no traer ninguna otra cosa más que su pecado, (¡Oh, qué difícil es!). Deje atrás toda su piedad, santificación, sus obras, humillaciones y demás; y no traiga nada más que sus necesidades y sufrimientos, de otra manera Cristo no será adecuado para usted, ni usted lo será para Cristo. Cristo será un Redentor y Mediador puro, y usted tiene que ser un pecador arruinado; de otra manera, Cristo y usted nunca coincidirán. Es lo más difícil del mundo tomar solamente a Cristo por justicia; es decir, reconocerlo como Cristo.⁷

Cuando viene a Dios, cualquier cosa aparte de Cristo que usted trae para ser aceptado por él, llámela Anticristo; quítela de en medio; haga que triunfe *solo* la justicia de Cristo. Cualquier cosa aparte de ella es Babilonia que tiene que caer si Cristo ha de permanecer, y el día que aquella caiga será de regocijo para usted (Isa. 14:4). *Nadie más* que Cristo ha pisoneado el lagar, nadie lo acompañaba (Isa. 63:3). Si agrega algo a Cristo lo pisoteará con furor e ira, manchando sus vestiduras con la sangre de eso que usted agregó.⁸

Usted piensa que es fácil creer. ¿Fue su fe probada alguna vez con una hora de tentación y una clara oportunidad de pecar? ¿Alguna vez, estando al borde del infierno y de la tumba, tuvo que luchar contra Satanás y la ira de Dios que redargüía su conciencia? Cuando sentía temor del infierno y la tumba, ¿no le mostró Dios a Cristo, una redención y una justicia? Pudo decir entonces: “¡Oh, veo gracia suficiente en Cristo!” De ser así puede decir la palabra más grandiosa del mundo—creo. La fe que no ha sido puesta a prueba es una fe incierta.

Y las palabras de Berridge: “la vestimenta que tengo que tener es de una sola pieza, ancha como la ley, sin mancha como la luz y más rica que jamás vistiera un ángel: la vestimenta de Jesús”.

⁷ El gran secreto de todas las Escrituras, el Alfa y el Omega de la Biblia, es EL CRISTO DE DIOS. Y el gran secreto revelado en Cristo es la gracia o el amor gratuito de Dios, al creer el mensaje de Cristo acerca de él tenemos paz con Dios.

⁸ La verdad aquí expresada es importante, pero el pasaje citado nada tiene que ver con ella. El profeta está prediciendo la destrucción de todos los enemigos por medio de Cristo en el día de su regreso, cuando él los romperá en pedazos como vasija de alfarero (Sal. 2:9).

Para poder *creer*, tiene que haber una clara convicción de pecado y de los méritos de la sangre de Cristo y de la disposición de Cristo para salvar sobre la base de esta premisa: que usted, sencillamente, es pecador: algo más difícil que crear un mundo.⁹ Todo el poder de la naturaleza no basta para revolucionar tanto el pecado y la culpa como para hacer creer que haya alguna gracia, alguna disposición en Cristo, para salvar. Cuando Satanás carga el pecado a la conciencia y entonces el alma se lo carga a Cristo, eso es el evangelio; eso es hacerlo Cristo. Aceptar la justicia de Cristo *sola-mente*, solo su sangre para ser salvo, es la suma total del evangelio. Cuando el alma, en medio de todas sus obras y su angustia puede decir: “Cristo y nada más, solo Cristo, solo Cristo para justificación, santificación y redención (1 Cor. 1:30), sin ninguna humillación, ni obras, ni cualidades mías”, etc., entonces esa alma se ha elevado fuera del alcance de las tempestades.

Todas las tentaciones, las ventajas de Satanás y nuestras quejas se basan en el fariseísmo y en la creencia de que somos excelentes. Dios persigue todo esto de muchas maneras, como Labán persiguió a Jacob para recobrar sus estatuillas. Usted debe despojarse de ellas, aunque no quiera. Si estas permanecen, Cristo no entrará, y mientras Cristo no entre, el pecado no saldrá, y donde hay culpa, hay dureza de corazón;¹⁰ por lo tanto, la mucha culpabilidad en sí poco o nada tiene que ver con Cristo.

Cuando surge el sentido de culpabilidad, asegúrese de no calmarlo de ninguna otra manera que no sea con la sangre de Cristo: todas las otras maneras endurecerán su conciencia. Haga de Cristo su paz (Ef. 2:14), no sus obras, sus lágrimas, etc. Se puede contrariar a Cristo con las obras, al igual que con los pecados. Fije su mirada en Cristo, y viva su vida partiendo de allí.

Ponga todo su peso sobre la justicia de Cristo. Cuídese de no tener un pie sobre su propia justicia, y el otro sobre Cristo. Hasta que Cristo venga y se siente en lo alto de un trono de gracia en la conciencia, no hay más que culpa, temores, sospechas secretas; el alma vacila entre la esperanza y el temor, lo cual no es un estado evangélico. El que teme hacerle frente a la vileza total del pecado, y confesar la iniquidad desesperada de su propio corazón, desconfía de los méritos de Cristo.

Por más pecador que sea, haga de Cristo su Abogado, y verá que es *Jesucristo el justo* (1 Juan 2:1). En todas las dudas, los temores y las tormentas de la conciencia, confíe en Cristo única y continuamente; no discuta con Satanás porque eso es lo que él más quiere; mándelo que vaya a Cristo, que él lo atenderá. Su oficio es ser nuestro Abogado, su oficio es responder a la ley como nuestro Fiador (Heb. 7:22) y como

⁹ Acudimos al Salvador como *pecadores*; nuestra convicción puede o no ser profunda, no obstante es como *pecadores* que vamos a él; reconociendo nuestro propio carácter como completamente impío, y el de él completamente bueno; tomando nuestro lugar como seres necesitados y vacíos delante de él en quien mora toda plenitud.

¹⁰ En otras palabras, el pecado no perdonado endurece el corazón. Lo que lo ablanda es la creencia del amor perdonado que proviene de la sangre de la gran propiciación. Cuando el perdón es algo desconocido o incierto no puede haber quebrantamiento ni ablandamiento del corazón.

nuestro Mediador (Gál. 3:20; 1 Tim. 2:5). Él ha sido designado para ese oficio (Heb. 7:20-21). Ponga todo en manos de Cristo. Si hace usted algo por sí mismo para purgar su pecado, significa que renuncia a la justicia de Cristo, quien fue hecho pecado por usted (2 Cor. 5:21).

Satanás puede traer a mente sus argumentos y corromper las Escrituras pero no puede respaldarse en las Escrituras. La palabra de Cristo tiene el poder de la autoridad. Cristo venció con ella a Satanás (Mat. 4:7). En todas las Escrituras no hay ni una palabra en contra del pobre pecador que se haya despojado de su fariseísmo.¹¹ ¡No! Destaca claramente que tal hombre, y ningún otro, es objeto de la gracia del evangelio. Crea usted solamente en la disposición de Cristo para perdonar y salvar, y eso generará una disposición en usted. Si ve que no puede creer, recuerde que es obra de Cristo hacerle creer. Déjeselo a él quien produce el querer y el cumplir su buena voluntad (Fil. 2:13). Por gracia es usted salvo por fe, y no por algo en usted; es el regalo de Dios. Ruéguele que le dé ese regalo (Ef. 2:8), Cristo es el autor y el dador de la fe: pídasela. Aflíjase por su incredulidad, porque la incredulidad es colocar la culpa en la conciencia por encima de Cristo y subestimar los méritos de Cristo, considerando su sangre como algo impío, común e insatisfactorio.

2. Su pecado, ¿lo hace fijarse más en Cristo y menos en usted mismo?

Usted se lamenta mucho de usted mismo. Su pecado, ¿lo hace fijarse más en Cristo y menos en usted mismo? Eso es lo correcto, de otra manera sus lamentos son pura hipocresía.¹² Fijar su mirada en sus propias obras, sus talentos, sus grandezas cuando debe estar fijándola en Cristo es patético. Fijar su vista en esas cosas lo harán orgulloso; fijar su vista en la gracia de Cristo lo hará humilde. Usted es salvo por gracia. En medio de sus tentaciones, no se desanime (Stg. 1:2). Esos impulsos pueden ser, no para quebrantarlo, sino para que deje de confiar en sí mismo y colocarlo sobre la Roca que es Cristo.

Puede usted caer muy bajo, aun llegar al borde del infierno, estar a punto de caer en él. No puede caer más bajo que el seno del infierno (Jon. 2:2). Muchos santos han estado allí, hasta se han empapado del infierno; no obstante, aun allí puede usted clamar, aun allí puede ver “el santo templo”. Dentro de ese templo construido con manos, nadie puede entrar sino los purificados, y pueden hacerlo también con una ofrenda (Hech. 21:26). Pero ahora Cristo es nuestro templo, sacrificio, altar, sumo

¹¹ Ser un pecador es ser justamente ese ser que Cristo vino para salvar. A cada uno de ellos Dios habla palabras de pura gracia. Pero cuando el hombre trata de pretender que no es totalmente pecador, o que es algo mejor que un pecador, ¿puede sorprenderse de no encontrar ni siquiera una palabra apropiada para él en el libro de gracia?

¹² Las quejas contra uno mismo, que no llevan al que se queja directamente a la cruz, son muy peligrosas. Porque el alma comienza a pensar mejor de sí misma en razón de sus quejas. Descansa y se edifica sobre sus propias quejas, y obtiene paz en el hecho de que ha aprendido a quejarse, haciendo así de sus propias quejas, un salvador.

sacerdote, a quien nadie más que los pecadores deben acudir, y acudir sin ninguna ofrenda aparte de aquella sangre ofrecida una vez para siempre (Heb. 7:27).

Recuerde todos los ejemplos de gracia que hay en el cielo. Usted piensa: “¡Oh, qué monumento a la gracia sería yo!”. Hay muchos miles de monumentos tan preciados como podría serlo usted. El peor pecador nunca sobrepasó la gracia de Cristo. No se desanime. Siga teniendo esperanza. Aun cuando los nubarrones sean muy negros, fije su mirada en Cristo, el pilar firme del amor y la gracia del Padre, levantado a los cielos para que todos los pecadores fijen su mirada continuamente en él. Diga lo que diga Satanás o que diga la conciencia, no llegue a conclusiones en contra de usted mismo, Cristo tendrá la última palabra.¹³ Él es Juez de vivos y muertos, y pronuncia la sentencia final. Su sangre habla de reconciliación (Col. 1:20); limpieza (1 Juan 1:7; Heb. 9:13-14); compra (Hech. 20:28); redención (1 Ped. 1:18); remisión (Heb. 9:22); libertad (Heb. 10:19); justificación (Rom. 5:9); cercanía a Dios (Ef. 2:13). Deténgase y oiga lo que Dios dirá, porque habla de paz a su pueblo a fin de que ya no vuelva a sus necesidades (Sal. 85:8). Sí, habla de gracia, misericordia y paz (2 Tim. 1:2). Ese es el idioma del Padre y de Cristo. Espere la aparición de Cristo como la estrella de la mañana (Apoc. 22:16). Vendrá tan ciertamente como viene la mañana, tan refrescante como la lluvia (Ose. 6:3).

Más fácil es que el sol no amanezca, a que no amanezca Cristo, el Sol de Justicia (Mal. 4:2). No quite ni por un instante su mirada de Cristo. No mire su pecado, en cambio, mire primero a Cristo. Cuando se lamenta por su pecado, si no ve en ese momento a Cristo, llore y aflíjase (Zac. 12:10). En cada obra mire a Cristo; antes de la obra está el perdón, en medio de la obra está su ayuda, después de la obra está su aceptación. Sin esto es obra puramente carnal y sin valor.¹⁴ No legalice el evangelio, como si en parte tuviera usted que seguir actuando y sufriendo, y Cristo fuera un Mediador a medias; como si tuviera que cargar y satisfacer en parte su pecado. Deje que el pecado quebrante su corazón, pero no su esperanza en el evangelio.

Fíjese más en la justificación que en la santificación. En los mandatos más valiosos considere a Cristo, no como un cobrador que le exige, sino como un deudor, un obrador que obra en usted y para usted. Si se ha fijado más en sus resoluciones, esfuerzos, obras, obligaciones, cualidades, etc., más que en los méritos de Cristo, le costará caro. Con razón se anda quejando; los honores pueden ser evidencias, pero los méritos de Cristo solo, sin ellos, tienen que ser el fundamento sobre el cual se basa su esperanza. Solo Cristo puede ser la esperanza de gloria (Col. 1:27).

¹³ Es decir, Cristo es el juez, no usted. Por lo tanto, no tome el lugar del juez proclamándose sin esperanza cuando él proclama esperanza, gracia y perdón.

¹⁴ Son, en el mejor de los casos, “obras muertas” (Heb. 9:14) de las que habla el apóstol, obras que no tienen vida en sí; sino que son como cuerpos de animales muertos que permanecen en su conciencia y la contaminan; obras que deben ser enterradas fuera de la vista, en lugar de presentadas a Dios como un servicio.

3. Cuando acudimos a Dios, no tenemos que hacerlo con nada más que Cristo.

Cualquier agregado, cualquier cualidad propia envenena y corrompe la fe. El que edifica sobre obras, honores, etc., desconoce los méritos de Cristo. Esto hace que creer sea muy difícil, más de lo que es posible alcanzar por naturaleza.¹⁵ Si usted cree, tiene que renunciar todos los días a su dependencia de sus privilegios, su obediencia, su bautismo, su santificación, sus obras, honores, lágrimas, su bondad, su humildad y cualquier otra cosa que no sea Cristo. Estas son como estiércol (Fil. 3:7-8). Sus obras y su autosuficiencia deben ser destruidas cada día.

Debe recibir todo de las manos de Dios. Cristo es regalo de Dios (Juan 3:16; 4:10). La fe es el regalo de Dios (Ef. 2:8). El perdón es un regalo dado libremente (Rom. 5:16). Ah, cómo se atormenta, inquieta y ruje la naturaleza ante esto de que todo es un REGALO, y que no puede adquirir nada por sus propias acciones, lágrimas y obras; que todas las obras quedan excluidas y no son de ningún valor para la justificación del alma (Rom. 4:5).

Si se hubiera dejado en manos de la naturaleza planear una senda de salvación, la hubiera puesto más bien en manos de santos o ángeles para que la vendieran, en lugar de Cristo quien la da libremente. Hubiera programado una manera de comprarla con el *hacer*, aborreciendo por lo tanto los méritos de Cristo, considerándolo como el elemento más destructivo del proceso. La naturaleza haría cualquier cosa para ser salva en lugar de acudir a Cristo, y deberle todo a él.

Cristo no quiere nada, el alma obligaría a Cristo a recibir algo de ella. He aquí la gran controversia. Reflexione, ¿ha visto ya los méritos de Cristo y la infinita satisfacción derivada de su muerte? Los ha visto cuando la carga del pecado y la ira de Dios le remordieron la conciencia? Eso es gracia. La grandeza de los méritos de Cristo es conocida únicamente por la pobre alma en la peor aflicción.¹⁶ Las convicciones superficiales consideran superficiales a la sangre y a los méritos de Cristo.

¡Pecador desesperado! Mira usted hacia la derecha y hacia la izquierda diciendo: “¿Quién me mostrará algún bien?” Está tropezando con todas sus obras y creencias queriendo formar con ellas una justicia que lo salve. Fije ahora su mirada en Cristo, *confíe en él y sean salvos todos los términos de la tierra* (Isa. 45:22). *No hay nadie más. Él es el Salvador, y nadie más que él lo es* (v. 21). Busque en cualquier otra parte y fracasará. Dios no considerará nada más fuera de Cristo y tampoco debe hacerlo

¹⁵ Aquí vemos que la gran dificultad en creer radica en el poder del fariseísmo. La verdadera dificultad es justamente la profunda falta de disposición del alma de ser contada totalmente como pecadora, y de dejar que Cristo sea totalmente un Salvador.

¹⁶ No como si este sufrimiento fuera alguna justificación para acudir a Cristo. Nuestra justificación es su propia invitación. Cuanto más sed un hombre tiene, más valora un vaso de agua; de igual manera, más nos duelen y pesan nuestros pecados, más valoramos al libertador y sanador.

usted.¹⁷ Cristo ha sido levantado como la serpiente de bronce en el desierto, a fin de que los pecadores en todos los confines de la tierra puedan verlo y vivir (Juan 3:14-15). La más mínima mirada significará salvación, el toque más leve será sanidad para usted. Y Dios tiene la intención de que usted fije su mirada en él porque él ha puesto a Cristo en un trono alto para gloria, a la vista de todos los pobres pecadores.

Usted tiene infinidad de razones para fijar su mirada en él, y no tiene absolutamente ninguna razón para desviarla a otra parte. Él es manso y humilde de corazón (Mat. 11:29). Él mismo hará lo que también requiere de sus seguidores, o sea sobrellevar sus flaquezas (Rom. 15:1), no agradándose a sí mismo, ni apoyándose en la ley (v. 2). Él restaurará con espíritu de humildad (Gál. 6:1), y llevará su carga (v. 2). Él perdonará, no solo siete veces, sino setenta veces siete (Mat. 18:21-22). Para creer esto, era necesario que los apóstoles tuvieran fe (Luc. 17:4-5). Porque nos es difícil perdonar, creemos que para Cristo también lo es.

Creemos que nuestro pecado es demasiado grande para ser perdonado, creemos que Cristo piensa lo mismo, y medimos su amor infinito según el nuestro, sus méritos infinitos según nuestros pecados, lo cual es el peor de los orgullos y de las blasfemias (Sal. 103:11-12; Isa. 40:15). Escuche lo que él dice: “He hallado redención” (Job 33:24). “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mat. 3:17). Dios no acepta ninguna otra cosa. Ninguna otra cosa le hará a usted bien, ni satisfará su conciencia, sino Cristo quien satisfizo al Padre. Dios hace todo, gracias a Cristo. Usted merece el infierno, la ira, el rechazo: lo que Cristo merece es vida, perdón y aceptación. Él no solo le mostrará lo primero sino que le dará lo segundo. Perdonar es la propia gloria y felicidad de Cristo.

Considere que cuando estaba en la tierra, Cristo andaba mayormente entre publicanos y pecadores en lugar de escribas y fariseos, sus adversarios declarados, porque estos se creían justos. No os, como quizá usted imagine, que su estado en gloria lo lleva a descuidar y despreciar a los pobres pecadores. No, su amor es el mismo ahora en el cielo.¹⁸ Él es Dios, y no cambia. Él es “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). Pasó por todas las mismas tentaciones, los desalientos, sufrimientos, deserciones y rechazos que usted (Mat. 4:3-12; Mar. 15:24; Luc. 22:44; Mat. 26:38). Bebió la copa amarga y le dejó la dulce; por lo tanto, gracias a él ya no somos condenados. Cristo se tomó de un trago toda la copa de la ira del Padre; por lo que para usted no queda otra cosa que la salvación.

¹⁷ Dios dice: mira hacia donde yo miro, y serás satisfecho, tal como yo lo estoy con esa persona y esa propiciación.

¹⁸ “Su corazón, en lo que respecta a la misericordia y compasión, sigue igual como cuando estaba en el mundo; él intercede allá con el mismo amor que lo hizo acá; es tan humilde, manso y receptivo a nuestras súplicas y tierno en todo su ser; de modo que tratarán con él razonablemente en cuanto al gran tema de la salvación de ellos, y con la misma esperanza y términos fáciles obtenerla de él, tal como hubieran podido hacerlo si hubieran estado en el mundo con él; y ser igual de íntimos con él al hacerle todas sus peticiones, igual de audaces con él al presentarle todas sus necesidades.”—*Thomas Goodwin*

Usted dice que no puede creer, que no puede arrepentirse. Pero considere que Cristo es exaltado como Príncipe y Salvador para dar arrepentimiento y remisión de pecados (Hech. 5:31). ¿No tiene usted más que pecado e infelicidad? Acuda a Cristo con toda su impenitencia e incredulidad para obtener de él fe y arrepentimiento. Hacerlo es glorioso. Dígale a Cristo: “Señor, no traigo en mí nada de justicia, nada de mérito para que me aceptes o por los cuales me justifiques: he acudido para recibir los tuyos, y anhelo tenerlos”. No debemos traer cosas nuestras a Cristo. Al cielo no pasará ni un ápice de los mejores aportes de la naturaleza. La gracia no se presentará junto con las obras (Tito 3:5; Rom. 11:6). Eso es un punto terrible para la naturaleza, porque no puede pensar en despojarse de todo, en no tener ni un trapo de obras o de justicia en el cual confiar.

El fariseísmo y la auto suficiencia son los consentidos de la naturaleza, que ésta preserva como a su propia vida. Por eso, a la naturaleza le parece feo Cristo. La naturaleza no puede desearlo. Es lo directamente opuesto a los intereses gloriosos de la naturaleza. Si la naturaleza fabricase un evangelio, sería lo totalmente opuesto a Cristo, al igual que contrario al justo, al inocente y al santo. Cristo hizo el evangelio para usted, es decir para pecadores necesitados, para impíos, malos y condenados.

La naturaleza no puede tolerar el pensamiento de que el evangelio sea solo para pecadores; prefiere elegir la desesperación que acudir a Cristo bajo esos términos.¹⁹ Cuando la naturaleza se enfrenta con la culpa o la ira, recurre a sus refugios favoritos: el fariseísmo y el creerse buena, etc. Un poder infinito tiene que arrasar con esos baluartes; Cristo atenderá al pecador más abominable que acuda a él. Solamente el que se justifica a sí mismo es excluido del evangelio, porque para él Cristo no puede ser hecho justificación. No conoce ni confiesa su pecado (Juan 4:41). Es fácil decir: “Soy pecador”, para agradar; pero orar realmente con el publicano: “*Señor, ten misericordia de mí, pecador*” es la oración más difícil del mundo. Es fácil decir: “*Creo en Cristo*”, pero ver a Cristo lleno de gracia y verdad, *de cuya plenitud podemos recibir gracia sobre gracia*, es muy difícil. Es fácil profesar a Cristo con la boca pero confesarlo con el corazón como lo hizo Pedro, quien dijo que es “*el Cristo, el Hijo del Dios viviente*”, el único Mediador, esto no viene de carne ni sangre.

Muchos llaman Salvador a Cristo, pero pocos lo conocen como tal. Ver gracia y salvación en Cristo es lo más maravilloso del mundo. Nadie puede hacerlo sin ver al mismo tiempo que la gloria y salvación son suyas. Ver conduce a las aplicaciones. En medio de tantas profesiones, los hombres pueden sentirse avergonzados de admitir

¹⁹ Es decir, para pecadores mera y puramente *como tales*; no teniendo nada en sí mismos, fuera de lo que incluye este nombre y carácter; y quien, por lo tanto, tiene que ser salvado totalmente por otro, y en ninguna parte o medida por sí solos. Si son *totalmente* pecadores, o si con un poco de esfuerzo y oración y arrepentimiento, pueden ellos mismos ser mejor que los pecadores, entonces no son la clase de personas a la cual viene el evangelio. Suponer que el evangelio no es *para* meros pecadores, como tales, sino para pecadores que oran y se arrepienten, es tergiversar su misma naturaleza y rechazar a Cristo mismo, que vino “a salvar lo que se había PERDIDO”.

que saben tan poco de la sangre de Cristo, la cual es lo primordial del evangelio. Una religión formal y sin Cristo es el espectáculo más sombrío que puede haber fuera del infierno. Usted puede tener muchas buenas cualidades, y no obstante faltarle una que puede hacer que se aleje de Cristo con tristeza. Usted nunca ha vendido todo lo que posee, nunca se ha despojado de su propia justicia, etc.²⁰ Puede ser muy cumplidor con todas sus obligaciones, y no obstante ser un perfecto enemigo y adversario de Cristo. En cada oración u ordenanza, esfuércese por buscar la santificación hasta lo sumo, pero no haga de ella un Cristo para salvarle. De ser así, tiene que despojarse de ella de un modo u otro. La obediencia y los sufrimientos de Cristo, no la santificación de usted, tiene que ser su justificación ante Dios. Porque si el Señor apareciera con espanto de su lugar santo, el fuego la consumiría como paja y rastrojo.

La religión es: “Construir todo sobre las montañas eternas del amor de Dios y la gracia de Cristo, confiar continuamente en la justicia y los méritos infinitos de Cristo, ver la culpa y vileza del pecado perdonadas y limpiadas; en vista de esto orar, escuchar, etc., reconociendo su ser contaminado, y todas sus débiles acciones, aceptados continuamente; a esa luz despojarse de todo fariseísmo, para ser encontrado continuamente en la justicia de Cristo solamente (Fil 3:9), a fin de que Cristo solo, como Mediador, sea exaltado en su trono, lamentando todas las obras que usted no ha realizado a la vista y la conciencia del amor de Cristo”. Sin la sangre de Cristo pensando sobre su conciencia, todo servicio es muerto (Heb. 9:14).

El libre albedrío, o una capacidad moral de creer en Dios en Cristo, de volverse a él y de invocar su nombre, es algo que las Escrituras y la experiencia cristiana declaran que el hombre natural no tiene. Su refugio es la gracia (Juan 6; 1 Cor. 2; Rom. 8:7). Tal idea será destruida pronto en el corazón de cualquiera que haya tenido algún trato espiritual con Cristo con respecto a la aplicación de sus méritos y sujeción a su justicia. Cristo es en todo sentido una persona demasiado magnífica como para que la pobre naturaleza la comprenda. Cristo es tan infinitamente bueno, que la naturaleza nunca puede creer que lo sea mientras se encuentre bajo el dominio del pecado. Cristo es demasiado superior y glorioso como para que la naturaleza pueda tocarlo. Primero tiene que haberse colocado una naturaleza divina dentro del alma para poder apropiarse de esta, porque está infinitamente fuera de su vista.²¹

²⁰ ¡Un estado demasiado común! ¡Llamar Señor a Cristo, y a la vez buscar a otros Salvadores! Cuando cumplimos con nuestros deberes y devociones, cuando oramos, o hacemos buenas obras, o damos limosnas con la idea de que estos nos recomiendan a Dios y ayudan para que seamos aceptados; o con la idea de que estas cosas, aunque realizadas con incredulidad quizá impulsen a Cristo a darnos fe, y por lo tanto, aunque no compren salvación, nos compran fe. Esto es dejar totalmente a un lado a Cristo. ¡Oh cuántas oraciones son meras expresiones de fariseísmo, el nervioso clamor de la incredulidad! Si estamos satisfechos con lo que el Hijo de Dios ha hecho, acudamos a él ya mismo y llevémosle nuestro todo.

²¹ Es el Padre que primero nos atrae, y sin embargo, no es sin la palabra de la verdad del evangelio que somos atraídos. La fe es don de Dios; y con todo, la fe viene por el oír; el Espíritu Santo tiene que obrar en nosotros *a fin de que* podamos creer; y sin embargo, es muy cierto que después recibimos el Espíritu por creer, como nos enseña el apóstol en la Epístola a los Gálatas.

El Cristo del que el hombre natural puede apropiarse, no es más que un Cristo de su propia invención, no el Cristo del Padre, ni Jesús el Hijo del Dios viviente, a quien nadie puede venir a menos que el Padre lo atraiga (Juan 6:44).

4. Escudriñe diariamente las Escrituras como una mina de oro en que está el corazón de Cristo (Juan 5:39).

Cuídese de los pecados que tiende a cometer (Sal. 69:5), véalos en su vileza y nunca los llevará a la acción. Manténgase siempre con una actitud humilde, despojado de su yo, quebrantado, sensible a cualquier conducta espiritual equivocada, en guardia en todo el obrar interior, apto para comunicarse con lo más elevado. No retenga la culpa en su conciencia, sino que aplique inmediatamente la sangre de Cristo. Dios le acusa de pecado y de culpa para obligarlo a mirar a Cristo, la serpiente de bronce.

No juzgue a Cristo por sus favores, sino por sus promesas (Sal. 73; Heb. 11:1; Ecl. 9). Bendiga a Dios por sacudir y derribar sus falsos fundamentos, y por todas las maneras como le mantiene despierta el alma y confiando en Cristo; mejores son las enfermedades y tentaciones que la auto seguridad y la superficialidad, porque el espíritu superficial se convierte en un espíritu profano que peca y ora al mismo tiempo. La superficialidad es la maldición de la verdadera religión. Si no se quita de raíz del corazón por medio de una perseverante y seria relación con Cristo, viéndolo solo a él al cumplir sus obligaciones, se hará cada vez más fuerte y más mortal por estar bajo las ordenanzas. No mida sus propias cualidades comparándolas con las de otros, sino con las Escrituras. Sea serio y cumplido en sus obligaciones por tener el peso de ellas sobre su corazón; pero guárdese de obtener su consuelo de sus propias obras tal como se cuida de obtenerlo del pecado. El consuelo que procede de otra mano que no sea la de Cristo es mortal. Ore mucho, de otra manera no mantendrá una comunión significativa con Dios. Tal como es usted en sus oraciones privadas, lo será en las otras disciplinas cristianas.

No considere sus obras por lo grande que pueden ser, sino por su humildad y su relación con Cristo. Tiemble ante sus obras y dones. Se decía de un gran santo: “Le tenía más miedo a sus obras que a sus pecados, las primeras con frecuencia lo llevaban al orgullo, los otros siempre lo hacían humilde”. Valore las demostraciones del amor de Cristo pues estas humillan al corazón para Cristo y son demasiado elevadas para el pecado. No desprecie la evidencia más pequeña de la gracia; Dios puede ponerlo a utilizar lo que usted considera lo más insignificante; aun eso (1 Juan 3:14) puede ser de valor incalculable para usted.²²

²² El progreso en santidad no es causa para la confianza segura, no obstante, es motivo de gratitud y, hasta donde aprendemos a leer la manifestación del amor de Dios y del poder del Espíritu, podemos y debemos recibir nuestra confianza segura. No podemos descansar en ella; pero podemos descansar en el amor que descubrimos en ella.

Sea fiel a la verdad, sin ser belicoso ni burlón. Restaura a los caídos, ayúdelos a levantarse con todo el poder de Cristo. Restáurelos con la gracia del evangelio. ¡Cristiano fuerte! No desprecie a los santos débiles, pues puede suceder que llegue usted a desear estar en la condición de ellos. Sea comprensivo con las debilidades de otros, pero ocúpese especialmente de las propias. Visite mucho a los enfermos y a las almas abandonadas: son excelentes escuelas de la experiencia humana.

Sea fiel a su llamado. Sea cumplido con todas las relaciones como al Señor. Conténtese con poco de este mundo porque poco es suficiente. Piense poco en lo terrenal, no mucho porque no vale la pena. Piense mucho en el cielo, no poco porque Cristo es tan rico y libre. Considere a los demás como mejores que usted mismo, y téngase en poco, como alguien que puede ser pisoteado por todos los santos.

Vea la vanidad del mundo y la corrupción de todas las cosas terrenales, y no ame a nada sino a Cristo. Duélale ver tan poco de Cristo en el mundo, a tan pocos que lo desean porque las cosas insignificantes les agradan más. Para el alma que confía en sí misma, Cristo es solo una fábula y las Escrituras son puro cuento. Duélale pensar en cuántos dependen del bautismo y la iglesia, pero no de la gracia, ocupándose mucho de las buenas obras y la obediencia, pero poco de Cristo y de su gracia.

Prepárese para la cruz; recíbala con gusto; cárguela triunfalmente como la cruz de Cristo. Su cruz pueden ser los desdenes, burlas, vilipendios, desprecios, encarcelamientos, etc., pero considérela como la cruz de Cristo, no como la suya.²³

El pecado le impedirá gloriarse en la cruz de Cristo. No ver las pequeñas verdades contra la luz de Cristo puede endurecer la conciencia, igual que cometer los peores pecados vistos contra esa luz. Si ha sido usted rescatado de las entrañas del infierno para descansar en los brazos de Cristo y se ha sentado entre príncipes en la familia de Dios, ¡oh, qué gran razón para vivir una vida misericordiosa!

¡Alma redimida y restaurada! ¡Qué sumas infinitas le debe a Cristo! ¡Con qué actitud positiva tiene que andar y realizar cada obra! Para usted, los días de reposo, ¡qué días de alabanza, de cantar aleluyas deben ser! La comunión fraternal en su iglesia, ¡qué cielo, qué estar con Cristo y qué comunión de ángeles y santos! ¡Qué inmersión del alma en amor eterno como si descendiera a la tumba con Cristo, muriendo a todas las cosas fuera de él! Cada vez que piense en Cristo, asómbrese y maravílese; y cuando vea sus pecados, fije su mirada en las gracias de Cristo quien lo perdonó; y cuando se sienta orgulloso, fije su mirada en la gracia de Cristo; esto lo humillará y lo derribará en el polvo.

Recuerde el momento cuando Cristo le mostró amor; estando usted desnudo (Eze. 16:8, 9) lo escogió. ¿Puede alguna vez tener un pensamiento orgulloso? Recuerde los brazos de quién lo sostuvieron para que no se hundiera y fuera entregado a las profundidades del infierno (Sal. 86:13), y alábelo a oído de ángeles y hombres

²³ Cuidese de que no sea una cruz hecha, escogida e impuesta por usted mismo, sino una que puso Cristo mismo sobre usted.

(Sal. 148), y por siempre cante: “Alabe la gracia, solo la gracia”. Arrepiéntase y ore diariamente, y ande a la luz del amor divino y en la gracia como quien ha sido ungido por la gracia.

Recuerde sus pecados y el perdón de Cristo: lo que usted merece y los méritos de Cristo, sus debilidades y la fortaleza de Cristo, su orgullo y la humildad de Cristo, sus muchas enfermedades y la sanidad de Cristo, sus culpas y las nuevas aplicaciones de su sangre, sus fracasos y la restauración de Cristo, sus necesidades y la plenitud de Cristo, sus tentaciones y la ternura de Cristo, sus vilezas y la justicia de Cristo.

¡Alma bendita! a quien Cristo juzgará no por su propia justicia (Fil. 3:9), sino como teniendo sus vestiduras lavadas y blanqueadas en la sangre del Cordero (Apoc. 7:14).

¡Lastimoso y miserable el que profesa ser cristiano pero que no tiene el evangelio adentro! No dependa de lo que piensan otros hombres como usted. Puede que lo aplaudan y sin embargo lo descarten en el día del juicio de Cristo. Puede bautizarse y “a Jesús el Mediador..., y a la sangre rociada” (Heb. 12:24). Sean cuales sean sus obras o logros, si no tiene la sangre, los méritos, la justicia de Cristo, (el principal objeto del evangelio), no tiene el evangelio y deja el alma en una condición que duda y cuestiona. Y las dudas, si no se atienden debidamente, se convertirán en un espíritu superficial, una de sus condiciones más peligrosas.

No juegue con los mandatos divinos. Medite y ore mucho. Aproveche toda oportunidad para escuchar la Palabra. Necesitamos adoctrinamiento, reprensión, exhortación y consolación al igual como la grama y la hierba tierna necesitan la lluvia, el rocío, la llovizna y los chaparrones (Deut. 32:2). Haga que todo sea obra del alma como a Cristo (Zac. 7:5-6), relacionándose directamente con Cristo Jesús, como si estuviera cara a cara con él; y tome toda su fuerza de él.

Vea qué impulsos encuentra en su alma con respecto a sus obras. Valore cada impulso del Espíritu Santo, cada pensamiento que tiene de Cristo por más pequeño que sea, cada palabra sabia que dice de Cristo que brota de su corazón, por más pequeña que sea. ¡Bendiga a Dios por ellos! Asegúrese de contar cada día con el manantial de lo Alto y detener su rocío matinal de dolor por el pecado (Luc. 1:77). ¡Brille en usted la fulgurante estrella de la mañana con sus nuevos y constantes destellos de gracia y paz (Apoc. 22:16), y con el dulce saludo de Cristo a su alma al realizar cada tarea! La tarea que no lo hace más espiritual lo hará más carnal; aquello que no sacude y humilla, insensibiliza y endurece.

Judas puede haber participado del pan mojado, del privilegio externo del bautismo y de la Cena con el Señor; pero Juan se reclinó junto a Cristo (Juan 13:23). Esa es la postura ordenada por el evangelio en la que hemos de orar, escuchar y cumplir nuestras tareas. Reclinarse solo en ese seno ablanda la dureza y el dolor por su pecado, sana la superficialidad y lo corriente del espíritu que es la gangrena de la profesión religiosa. Ello ciertamente humilla y provoca que el alma sea receptiva a Cristo,

y que el pecado le resulte vil al alma; sí, transforma a la parte más horrible del infierno en la gloria de Cristo. Aunque debiera serlo, no se crea ser un cristiano que ha logrado algo hasta llegar a este punto: verse y sentirse siempre viviendo en el seno de Cristo, “que está en el seno del Padre” (Juan 1:18). ¡Venga y pídale al Padre una visión más cercana de Cristo, y de seguro recibirá respuesta!²⁴ No puede acudir a él con otro pedido que más le agrade. Él dio a Cristo desde su propio seno justamente para ese fin, para ponerlo a la vista de todos los pecadores como el monumento eterno del amor de su Padre.

Mirar directamente al sol debilita la vista. En cambio, cuanto más fija usted sus ojos en Cristo, el Sol de Justicia, más fuerte y clara será su mirada de fe. Mire solo a Cristo, lo amará y vivirá en él. Piense en él continuamente. Mantenga constantemente su vista en la sangre de Cristo, de otra manera, cada ataque de tentación lo zarándeará.

Si mira usted la maldad de su pecado para aborrecerlo y lamentarse de él, no se quede allí contemplándolo, sino que, en primer término, fije su mirada en Cristo quien sufrió para salvarlo. Si se fija usted en sus propias habilidades y su santificación, deje de hacerlo y mire, en primer término, la justicia de Cristo; vea al Hijo y verá todo. Mire en segundo término a sus propias bondades.

Al creer, uno espera estabilidad de aquello que primero mira, y lo convierte en la base de su esperanza. Acuda a Cristo consciente de su pecado y sus miserias, no de sus propias cualidades y su santidad.²⁵ No tenga nada que ver con estas, porque lo único que hacen es obstruir la visión de Cristo; por lo tanto, fije ante todo su mirada en Cristo. El que mira a Cristo a través de sus propias cualidades, es como aquel que ve el sol reflejado en el agua, que ondea y fluctúa como lo hace el agua. Fije su vista solo en Cristo brillando en el firmamento del amor y la gracia del Padre, entonces lo verá plenamente en la gloria de él, que es inefable. Esto lo confortará.

El orgullo y la incredulidad lo llevarán a considerarse a usted primero; pero la fe no quiere tener nada que ver con otra cosa que no sea Cristo, quien es indescriptiblemente glorioso y quien tiene que quitarle su santificación así como su pecado, porque Dios hizo a Cristo ambas cosas, y lo mismo debemos hacer nosotros (1 Cor. 1:30; 2 Cor. 5:21). El que coloca su santificación sobre un pedestal para admirarla y consolarse, coloca el ídolo más grande que aumenta sus dudas y temores. Quite su mirada de Cristo e inmediatamente, al igual como Pedro se hundió en el agua, se hundirá en las dudas.

Cuando el cristiano quebranta el orden y método del evangelio, cuando se mira a sí mismo y quita su mirada de la justicia perfecta de Cristo, se queda sin consuelo. Es

²⁴ “Profundiza tu obra en mí”, era la oración de alguien que le tenía miedo a los conceptos superficiales del pecado y Cristo; ¡sea esa oración la suya!

²⁵ Es la extensión de nuestro pecado, no la medida de nuestra justicia, lo que nos adecúa para él. Es nuestra impiedad, no lo bueno que somos, lo que nos hace bienvenidos.

como vivir a la luz de una vela en lugar de vivir a la luz del sol. La miel que extrae de su propia justicia se convierte en pura hiel, y la luz de la que se vale para andar, pasa a ser la noche negra del alma. Satanás lo tienta a seguir dependiendo de sus propias cualidades, de obtener consuelo de ellas; cuando esto sucede, el Padre se acerca y le señala la gracia de Cristo, rica, gloriosa, infinitamente agradable a él; y le insta a buscar la justicia de Cristo. Y sus exhortaciones dan poder—un poder bendito—dulces susurros que frenan la incredulidad. Cuando aparecen, aunque sea levemente, ore mucho, valórelas como una joya inapreciable, como aras de lo que ha de venir.

Si quiere orar y no puede, y se ha desanimado por ello, contemple a Cristo orando por usted, intercediendo por usted ante el Padre según su voluntad. Siendo así, ¿qué puede faltarle? (Juan 14:16 y capítulo 17). Si está turbado, vea en Cristo su paz (Ef. 2:14) que él le dejó cuando ascendió al cielo, y le insta una y otra vez que no se turbe, no, no se turbe pecaminosamente en absoluto, permitiendo que haya obstáculos a su consuelo o su fe (Juan 14:1-27). Cristo se encuentra ahora en su trono, habiéndose humillado en la cruz hasta lo sumo, cargando con todo lo que a usted le causa dolor o lo altera. Él cargó con todos sus pecados, tristezas, dificultades y tentaciones, y ha ido a prepararle una mansión. Usted, si considera a Cristo como su todo y a sí mismo como absolutamente nada, ha hecho de Cristo el centro de su vida y ha muerto a cualquier otra justicia que no sea la de él; usted es un verdadero cristiano, es amado profundamente y ha encontrado favor con Dios. Es un favorito del cielo.

Hágale un favor a Cristo por todo lo que él le ama. Ame a todos sus pobres santos e iglesias, a los más despreciables, a los más débiles, a pesar de que no piensen igual que usted, ya que ellos están grabados en el corazón de Dios como Aarón grabó los nombres de los hijos de Israel en el pectoral del juicio que llevaba sobre su corazón (Éxo. 28:29). Estén también grabados en el corazón de usted. “Pedid por la paz de Jerusalén; sean prosperados los que te aman” (Sal. 122:6). ✨